

# El secreto de sus ojos

EDUARDO SACHERI

punto de lectura



## Despedida

Benjamín Miguel Chaparro se detiene en seco y decide que no va. No va y punto. Al cuerno con todos. Aunque haya prometido lo contrario y aunque vengan preparando la despedida desde hace tres semanas y aunque hayan reservado la mesa para veintidós personas en El Candil y aunque Benítez y Machado hayan confirmado que se vienen desde el fin del mundo para celebrar la jubilación del dinosaurio.

Su gesto es tan abrupto que el hombre que viene caminando detrás de él, por Talcahuano y hacia el lado de Corrientes, casi se lo lleva por delante y a duras penas logra esquivarlo bajando un pie de la vereda al pavimento para seguir andando. Chaparro odia esas veredas angostas, ruidosas y sombrías. Lleva cuarenta años transitándolas, pero sabe que no va a extrañarlas a partir del lunes. Ni las veredas ni tantas otras cosas de esa ciudad que nunca ha sentido como suya.

No puede fallarles. Tiene que ir. Aunque sea porque Machado se viene expresamente desde Lomas de Zamora, con todos sus achaques a cuestas. Y Benítez otro tanto. Aunque desde Palermo hasta Tribunales no es un viaje tan largo, el pobre está bastante hecho puré, sinceramente. Pero Chaparro no quiere ir. Está seguro de muy pocas cosas, pero esa es una de sus escasas certezas.

Se mira en la vidriera de una librería comercial. Sesenta años. Alto. Canoso. La nariz aguileña, el rostro

flaco. “Mierda”, se ve obligado a concluir. Escruta el reflejo de sus propios ojos en el vidrio. Una novia que tuvo de joven solía burlarse de su manía de mirarse en las vidrieras. Ni a ella, ni a ninguna de las otras mujeres que han pasado por su vida, Chaparro ha llegado a confesarle la verdad: su hábito de mirarse en los espejos no tiene nada que ver ni con quererse ni con gustarse. Siempre ha sido ni más ni menos que otro intento de aprender a saber quién carajos es él mismo.

Pensar en eso lo ha puesto más triste todavía. Camina de nuevo, como si el movimiento pudiese librarlo de las esquirlas de esa nueva tristeza adicional, añadida. Se vigila de tanto en tanto en las vidrieras mientras avanza sin prisa por esa vereda que no conoce el sol de la tarde. Ya divisa el cartel de El Candil, cruzando la calle, treinta metros más, a mano izquierda. Mira la hora: dos menos cuarto. Deben estar casi todos. Él mismo ha despachado a los de su Secretaría a la una y veinte para no andar a las corridas. No están de turno hasta el mes que viene, y ya tienen acomodado el carro con las causas del turno anterior. Chaparro está satisfecho. Son buenos chicos. Trabajan bien. Aprenden rápido. El pensamiento siguiente es “voy a extrañarlos”, y como Chaparro no quiere chapalear torpemente en la nostalgia vuelve a detenerse. Esta vez no hay nadie detrás para atropellarlo: los que vienen en su dirección tienen tiempo de sortear a ese hombre alto, de blazer azul y pantalón gris que ahora se mira en el vidrio de una agencia de lotería.

Gira en redondo. No va. Definitivamente no va. Tal vez si se apresura puede alcanzar a la doctora antes de que llegue a la despedida, porque se ha demorado terminando una prisión preventiva. No es la primera

vez que se le ocurre la idea, pero sí es la primera que consigue acopiar la módica valentía que necesita para intentar llevarla a cabo. O tal vez es simplemente que lo otro, lo de quedarse a su propia despedida, es un infierno en el que no está dispuesto a cocinarse. ¿Sentarse a la cabecera de la mesa? ¿Benítez y Machado a sus lados, formando el trío de momias venerables? ¿La clásica pregunta del miserable de Álvarez, esa de “hacemos a la romana, les parece”, para prorrrear el vino de buena calidad que piensa zamparse? ¿Laura preguntándole a medio mundo quién está dispuesto a compartir una porción de canelones, para no salirse demasiado de la dieta que acaba de empezar el lunes pasado? ¿Varela agarrándose meticulosamente uno de esos pedos melancólicos que lo llevan a abrazarse, entre mocos, con amigos, conocidos y mozos? Esas imágenes de pesadilla lo hacen acelerar el paso. Sube las escalinatas de Talcahuano. Todavía no han cerrado la puerta principal. Se trepa al primer ascensor que tiene a tiro. No necesita aclararle al ascensorista que va al quinto piso, porque en el Palacio lo conocen hasta las piedras.

Avanza, a paso firme, haciendo ruido con los mocasines de suela sobre las baldosas blancas y negras del pasillo que corre paralelo a la calle Tucumán hasta encararse con la alta y angosta puerta de su Secretaría. Se detiene mentalmente en el posesivo “su”. Sí, qué tanto. Es suya, y mucho más suya que del secretario García, o que de cualquiera de los otros secretarios que han precedido a García, o que de cualquiera de los que habrán de sucederlo.

Mientras abre la puerta el enorme manajo de llaves tintinea en el silencio del pasillo vacío. Cierra con cierta fuerza, para que la jueza se percate de que

alguien ha entrado en la oficina. Momento: ¿por qué eso de “la jueza”? Porque lo es, claro, pero ¿por qué no Irene? Porque no, justamente por eso. Ya bastante tiene con ir a pedir lo que está por pedir, como para sumarle el descabro de saber que se lo tiene que pedir a Irene y no simplemente a la doctora Hornos.

Da dos golpecitos suaves y escucha decir “adelante”. Cuando traspone la puerta, ella se sorprende y le pregunta qué está haciendo todavía por ahí, que cómo no está ya en el restaurante. En realidad, le pregunta “¿qué estás haciendo por acá?” y “¿cómo no estás ya en el restaurante?”, que no es lo mismo. Pero Chaparro quiere evitar enmarañarse en la cuestión del tuteo o, más correctamente hablando, del voseo, porque esa también puede ser una fuente de turbación que hunda en el fracaso su propósito manifiesto de requerirle lo que sobre la calle Talcahuano casi Corrientes ha decidido ir a solicitar. Y resulta descorazonador que delante de esa mujer surja semejante cantidad de turbaciones, pero Chaparro se disciplina al extremo para concluir que sí o sí, definitiva, total y absolutamente, tiene que cortarla con darse manija, dejarse de joder y pedir de una vez por todas lo que ha ido a pedir. “La máquina”, suelta así, sin preámbulos. Bruto, infeliz, animal. Nada de sutilezas preparatorias. Nada de sabés qué pasa, Irene, que estuve pensando, que tal vez, que en una de esas, que podría ser, que qué te parece, o cualquiera de esas formas coloquiales que sobreabundan en el idioma castellano y que sirven precisamente para evitar eso que Chaparro ve en el rostro de Irene, o de la doctora, o de la jueza, esa perplejidad, ese quedarse sin responder por la sorpresa misma del arranque.

Chaparro entiende que, para variar, ha metido la pata. De modo que vuelve al principio, y trata de responder lo que la dama le ha preguntado sobre el almuerzo de despedida en el que se supone que, a esa hora, están homenajeándolo. Le habla de su temor a ponerse nostálgico, a terminar hablando de las mismas cosas de siempre con los mismos viejos de siempre, a hundirse en una melancolía patética, y, como todo eso se lo dice mirándola a los ojos, llega un momento en que empieza a sentir que el estómago se le va cayendo hacia los intestinos, que un sudor frío le riega la piel y que el corazón se le convierte en un redoblante. Como es una emoción tan profunda, tan vieja y tan inútil, Chaparro sale disparado a cerrar la ventana del despacho para despegarse como sea de esos ojos castaños. Pero como la ventana ya está cerrada decide abrirla, aunque resulta que afuera hace un ofri de padre y señor nuestro y por lo tanto decide cerrarla. Al final no tiene más alternativa que volver a su sitio, pero tiene el cuidado de quedarse de pie para no verla tan directamente por encima del escritorio y del expediente que ella tiene delante. Irene sigue sus movimientos, sus miradas y las inflexiones de su voz con la atención atentísima de siempre. Chaparro se queda callado porque sabe que si sigue en ese camino terminará diciéndole cosas irreparables y justo a tiempo vuelve a aquello de la máquina de escribir.

Le dice que, aunque no tiene ni idea de qué va a hacer de ahora en adelante, anda con ganas de probar el viejo proyecto de escribir un libro. En cuanto lo dice, se siente un imbécil. Viejo, dos veces divorciado, jubilado, con veleidades de escritor. El Hemingway de la tercera edad. El García Márquez del oeste del